



「はじまり」にまつわる七つの物語

SIETE HISTORIAS SOBRE "EL COMIENZO"

CAPÍTULO 7:

PARA TI, QUE RECIBIRÁS LA PRIMAVERA (MIYAZAWA TATSUKI)

TRADUCCIÓN: NARU-KUN / K-PROJECT WORLD

Aunque era una mañana entre semana, el gran hospital, que cuenta con varios departamentos, como medicina interna, pediatría, dermatología y cirugía, estaba tan lleno que las sillas frente a la recepción estaban ocupadas.

Las reseñas en línea no eran muy buenas. Algunos comentaban que la explicación del médico no era muy clara, que las enfermeras no eran muy eficientes y que la recepcionista se enfadaba cuando preguntaban cómo usar la máquina de pago. Sin embargo, era el hospital más grande de la zona y el nivel médico era alto, por lo que acudía mucha gente.

Sobre todo, con la llegada de la primavera, quienes habían aguantado bien durante todo el invierno empezaron a sentirse mal de repente, pues el suelo se volvió fangoso y el hospital se llenó más de lo habitual.

Las recepcionistas, ya conocidas por su poca amabilidad, perdieron la poca hospitalidad que tenían a medida que aumentaba el papeleo. Las voces que llamaban a los pacientes a quienes les tocaba el turno se volvieron notablemente más ásperas.

La espera se alarga, y las expresiones de los que están sentados en las sillas siguen siendo sombrías. Algunos tienen los ojos cerrados, el ceño fruncido y se mueven constantemente. Tres ancianos miran el reloj y se dicen: "¿Ya es tarde?".

Un ambiente de irritación se extiende por la sala de espera como una neblina gris.

El bebé, al presentir el peligro, empezó a llorar. La madre, con el bebé en un portabebés, intentó calmarlo por todos los medios, pero el bebé no paraba de llorar.

Nadie se queja directamente, pero la irritación va en aumento. Finalmente, estalla una pelea entre un hombre de mediana edad con traje y un joven con sudadera.

"¡Oye! ¡Para! ¡Si vas a toser, vete a otro sitio! ¡Este no es lugar para ver a un médico por enfermedades infecciosas!"

El hombre de mediana edad se quejó con el joven. Aunque este llevaba mascarilla, llevaba un rato tosiendo. Recientemente ha habido una epidemia de enfermedades infecciosas, así que todos están sensibles a varias cosas. Sin embargo, el joven tenía su propio argumento.

"¿Qué? ¡Solo tengo alergia a la laringe! Pero tú eres el que ha estado jugando con la computadora todo este tiempo, ¿te parece bien?"

Como el joven había señalado, el hombre de mediana edad seguía trabajando con una actitud peligrosa, con la computadora en el regazo. Sin duda, tecleaba ruidosamente, y no sería muy bien recibido en el hospital.

"¿Qué?"

"¡No vengas a criticarme!"

Los dos se agarraron del cuello y se miraron fijamente. El ambiente empezó a volverse ruidoso.

En ese momento.

"¡Basta! ¡Qué vergüenza!"

Se oyó una fuerte voz regañona. La voz pertenecía a un joven de pelo largo y ropa negra. Llevaba un rato de pie, solo, contra la pared, con los brazos cruzados y los ojos cerrados, inmóvil como una estatua. Por eso, muchos no habían notado su presencia.

El joven alto se acercó con agilidad y se interpuso entre el hombre de mediana edad y el joven.

"¡Qué vergüenza! ¡Esto es un hospital!"

Agarró a los dos hombres por los hombros y los separó. El hombre de mediana edad y el joven se recostaron y retrocedieron un par de pasos. Sin embargo, ambos parecían enojados por ser reprendidos en público y verse obligados a mediar.

"¿Quién eres?"

"¡Uf! Toma eso. ¿Quién te crees que eres?"

Esta vez, los dos comenzaron a atacar al joven. El joven parecía desconcertado y asombrado. Nunca esperó que se enojaran con él, en lugar de avergonzarse de sus acciones.

¡Inaceptable!

El joven estaba a punto de reprenderlos de nuevo cuando...

"Kuro. Siéntate."

Una voz suave dijo eso. De hecho, solo una mano suave en la espalda del joven. Sin embargo, con eso bastó, y el delgado pero robusto joven se desplomó al instante.

En lugar del joven desplomado en una silla cercana, apareció en escena un hombre no especialmente corpulento y de presencia nada intimidante, con un aire de brisa primaveral.

Llevaba un elegante kimono japonés y un sombrero con estilo.

Sonrió y caminó tranquilamente entre el hombre de mediana edad, indeciso, y el joven.

Se inclinó un poco y extendió la mano con un pequeño movimiento. Nadie se dio cuenta, pero un momento antes, la computadora portátil del hombre de mediana edad, que había dejado inestable, estaba a punto de caer de la silla al suelo. El hombre con ropa tradicional japonesa la atrapó con un movimiento mínimo, como si lo hubiera previsto.

Entonces,

"Aquí tienes."

Se la devolvió con cuidado al hombre de mediana edad.

"Ah, vale. Gracias."

El arrogante hombre de mediana edad le dio las gracias sin pensarlo. El hombre con ropa tradicional japonesa continuó:

"Debes tener la garganta en problemas. Cuídate."

También llamó al joven de la sudadera con capucha. Las palabras de gratitud parecían salir de lo más profundo de su corazón.

"Ah, sí."

El joven asintió, con aspecto algo avergonzado. Sin darse cuenta, todos en la sala de espera del hospital se sintieron atraídos por su comportamiento. Una atmósfera tranquila, como un mar claro de primavera, reemplazó la atmósfera irritable y sombría de antes. Sin darse cuenta, el bebé dejó de llorar y sonrió.

El hombre con ropa tradicional japonesa los miró con dulzura y luego saludó al joven de negro, que se había puesto de pie tambaleándose.

"Perdón por hacerte esperar, Kuro. Vamos, vámonos a casa."

Invitándolo, se dirigieron a la salida del hospital. Por donde caminaban. Más allá de las puertas automáticas.

Allí, los cerezos plantados en los terrenos del hospital estaban en plena floración bajo el sol primaveral.

"...Es la temporada perfecta."

Un hombre caminaba con las manos en las mangas de su kimono carmesí, contemplando los cerezos en plena floración.

Su nombre era Miwa Ichigen. Era el Séptimo Rey, el "Rey Incoloro", y actualmente vivía modestamente en un pueblo, componiendo haikus y dando clases particulares a los niños del barrio.

Mientras tanto,

"¡Lo siento, Ichigen-sama!"

Inclinándose con todas sus fuerzas ante la espalda de Ichigen, en una postura valiente, estaba su discípulo, Kuro, también conocido como Yatogami Kuro, quien era vasallo del Rey.

"¿Hmm?"

Ichigen se detuvo, se dio la vuelta y por un momento pareció desconcertado.

"Ah, ¿te refieres a lo de antes?"

Esbozó una sonrisa. Kuro alzó la cara y se disculpó por su fracaso con una expresión de miedo.

"Si Ichigen-sama no hubiera estado aquí antes, habría surgido una discusión innecesaria. Todo fue por mi inexperiencia. ¡Gracias por resolver la situación!"

"Mmm."

Ichigen se rasco la mejilla con los dedos y se rio con torpeza.

"No es algo por lo que debas disculparte... Kuro. Eres serio, así que a veces te pones demasiado rígido. Esa rigidez a veces puede ser un poco negativa en situaciones como esa. Pero..."

En ese momento, Miwa Ichigen vio el rostro sombrío de Kuro.

"Bueno, déjame mostrarte."

Sonrió suavemente y extendió la mano.

"Kuro. Estrecha la mano. Estrecha la mano."

Le dio la mano derecha lentamente. Kuro comprendió al instante la intención de Ichigen, se sonrojo y estrecho la mano con vergüenza.

En ese momento.

"Uh, oh."

El cuerpo de Kuro se inclinó hacia adelante. Ichigen no ejerció ninguna fuerza. Pero, aun así, perdió gradualmente el equilibrio.

El mismo fenómeno ocurrió cuando le puso una mano en la espalda y se desplomó en la silla.

Ichigen dijo:

"El cuerpo humano es algo extraño. Se sincroniza inconscientemente con la persona con la que está en contacto. Si la otra persona está tensa, tú te tensas. Si la otra persona está relajada, tú también. Me estoy relajando ahora mismo, y estas relajado. Esa relajación se te está transmitiendo."

"Sí, maestro."

Kuro respondió desesperado con voz rígida. Desde fuera, parecía como si simplemente se aferrara a la mano de Ichigen y temblara.

Pero desde su punto de vista, no era así. De lo contrario, no habría podido mantenerse en pie. Los movimientos corporales extremos de Ichigen estaban desequilibrando su centro de gravedad y su postura.

Ichigen continuó hablando con calma y alegría.

"Requiere un poco de práctica y habilidad, pero se puede aplicar a varias personas sin contacto hasta cierto punto. Esa es la técnica que usé allí. Y si cambias el vector un poco más."

En ese momento.

"¡.....!"

Kuro se quedó atónito. Su cuerpo giró a la derecha. Se elevó en el aire como si hubiera dado una voltereta, y la fuerza centrífuga lo puso boca abajo, aterrizando de nuevo sobre sus pies formando un arco.

Su larga cabellera ondeó al caer un poco después.

Los ojos de Kuro estaban muy abiertos.

"E-esto es..."

Jadeó mientras le preguntaba a su maestro.

"¿Es el poder de un rey sobrenatural?"

Ichigen soltó a Kuro y negó con la cabeza con una sonrisa.

"Requiere algo de entrenamiento, pero es solo fuerza humana. Es la llamada teoría de las artes marciales antiguas y su aplicación. Estoy seguro de que algún día podrás lograrlo."

No lo parecía en absoluto.

Kuro conocía bien la habilidad con la espada de Miwa Ichigen, pero sus habilidades en las artes marciales eran tan divinas que su respeto por él se intensificó.

Quizás percibiendo los sentimientos de Kuro,

"No, estoy seguro de que puedes superarme fácilmente."

Eso fue lo que dijo Ichigen. Sus palabras eran brillantes y claras, pero esa claridad despertó preocupación en el corazón de Kuro.

Bajó la voz y preguntó:

"Umm, Ichigen-sama."

Un miedo abrumador y un poco de esperanza.

"¿Y qué dijo el médico?"

Kuro había acompañado a Ichigen al hospital. Ichigen guardó silencio durante unos segundos. Juntó las manos y miró hacia la hilera de cerezos.

Con una sonrisa en el rostro,

"Mi enfermedad está progresando, y probablemente no veré la próxima primavera."

En ese momento, el viento sopló y las flores de cerezo se desplomaron. Kuro no podía moverse, pues su querido maestro parecía a punto de desaparecer en cualquier momento tras la fugaz niebla rosa.

Ni siquiera podía parpadear...

Ichigen seguía viviendo la misma vida de antes. Se despertaba y se acostaba a la misma hora en su casa, que era sencilla, pero tenía todo lo necesario.

Educaba a los niños en la sala de estar, impecablemente limpia, le enseñaba a Kuro a usar la espada en el patio y escribía haikus en su pequeña habitación.

Cultivaba verduras en un campo cercano, charlaba con vecinos mayores y paseaba junto al arroyo para contemplar la luna.

Y de vez en cuando iba al hospital.

De primavera a verano.

Parecía que todo seguiría así.

Pero al final del verano, cuando las campanillas dejaron de florecer y las mañanas y las tardes eran notablemente más frescas, Kuro sintió como si le hubieran echado un balde de agua fría.

Mientras Ichigen intentaba ponerse un haori de verano sobre su kimono de gasa, se dio cuenta de que su cuerpo empeoraba a cada minuto, desde la delgadez de sus brazos, la blancura de sus mejillas como el papel y su mirada azul profundo y clara.

El número de visitas al hospital aumentó constantemente, y la duración de cada estancia también. Pero, curiosamente, Ichigen nunca permaneció hospitalizado más de un día.

"Le pedí al doctor que deje las cosas como están. No lo presionaré."

Kuro no preguntó detalles sobre el plan de tratamiento que estaba discutiendo con el doctor.

Su maestro ya estaba viendo el final de su vida.

Un rey de carácter noble y una mente clara, decidió su propio destino por voluntad propia.

Kuro creía que como vasallo solo podía obedecerle en silencio.

Sin mostrar tristeza ni lágrimas.

Fuerte, fuerte.

Cada día que pasaba, Ichigen se debilitaba cada vez más, y dedicaba todo su corazón y alma a cuidarlo.

Ichigen estaba demacrado, tenía fiebre y a veces se sentía inestable, pero intentaba vivir con la mayor calma posible. Paseaba por el bosque cercano, componía haikus y le enseñaba a Kuro esgrima en el jardín.

Con el fin de su vida a la vuelta de la esquina, la espada de Ichigen adquirió un filo sombrío que casi resultaba aterrador.

Pero su personalidad natural no cambió, y se mantuvo alegre y desenfadada.

Una noche, acostado en la cama de Kuro y hablando de lo que haría tras su muerte, Ichigen tenía la misma expresión radiante y alegre.

"Kuro, hay algunos bienes que he olvidado. Compré acciones cuando estaba en Estados Unidos, y si las conviertes al yen japonés actual, probablemente sean unos 500 millones de yenes."

Kuro no mostró ninguna reacción particular ante la confesión de que había olvidado semejante cantidad de bienes. Ichigen era evasivo, bromista o simplemente ingenuo, pero había algo en él que lo hacía parecer así.

Kuro sacó un bloc de notas y comenzó a anotar todo lo que su maestro le había dicho con rostro serio, intentando no perderse ni una sola palabra.

El testamento de Ichigen básicamente decía que quería que su herencia se donara a una organización benéfica apropiada que trabajara por el bienestar de los niños, y que esta fuera administrada.

"Ya he hablado de casi todo con mi abogado.", explicó Ichigen.

"Solo quedan unos pequeños detalles por resolver, así que me gustaría pedirte que te encargues de ellos."

Tras comprender completamente los trámites administrativos,

"Arriesgaré mi vida."

Ichigen miró a Kuro, inclinando la cabeza solemnemente, divertido. Tosió levemente. Los insectos otoñales piaban en el jardín. El maestro y el alumno guardaron silencio un rato.

Kuro se resistía a irse. Ichigen se sentó en el suelo, cerró los ojos y escuchó en silencio el canto de los insectos.

Ambos sabían muy bien que su separación eterna llegaría pronto.

Kuro mantuvo la cabeza gacha, su cuerpo temblaba ligeramente. No podía moverse.

Si se movía...

Sentía que algo estaba a punto de desaparecer. Ichigen abrió mucho los ojos y miró a Kuro con dulzura.

"En cuanto a mí..."

Empezó a hablar lentamente.

A diferencia de cuando se conocieron, su voz era delgada y débil.

"Como poeta de haiku, me gustan todas las estaciones de este país. Pero la primavera es la mejor. Las nuevas ramas brotan y crecen radiantes hacia el cielo. Los brotes se hinchan, señal de que las flores florecerán. Me encanta admirar y observar estas posibilidades que crecerán en el futuro."

Su voz era suave, fuerte y cálida, tal como cuando se conocieron.

Kuro lo sabía.

Ichigen le decía que su despedida estaba cerca. Se clavó las uñas con fuerza en las palmas de las manos, intentando desesperadamente contener las lágrimas.

Ichigen continuó:

"Mi vida ha sido muy buena. Dejé algo para las deslumbrantes ramas jóvenes y las flores que florecerán en el futuro. Siento lo mismo por Yukari, pero me siento realmente aliviado de haber podido confiarte mi futuro, Yatogami Kuro... tu brillante potencial."

Sentía alegría.

Ichigen dejó escapar un profundo suspiro.

"No creo que pueda ver los cerezos en flor el año que viene."

Kuro levantó la vista, sorprendido. Ichigen sostuvo su mirada y sonrió.

Dijo:

"Pero mirarás los cerezos en flor por mí. Por mí cuando ya no esté. Si puedo pensar así, podré estar en paz. Por favor, Kuro. Por favor, sigue tejiendo el futuro. Por mucho, mucho tiempo."

Así que...

"Está bien llorar cuando quieras llorar."

En ese momento, las emociones de Kuro estallaron.

Abrumado.

Kuro se aferró a Ichigen. Ichigen lo abrazó con cariño.

Los dos permanecieron así un rato.

La figura triste y llorosa de Kuro y el rostro cálido y cariñoso de Ichigen se destacaban en la tenue luz de la larga noche de otoño.

Poco después de esa noche, Ichigen falleció.

Un cerezo florece en el patio de la escuela secundaria Ashichu Gakuen. Crece cerca de la alambrada que separa el campo de fútbol de la cancha de tenis.

Ahora mismo, el equipo de fútbol juega un partido de rojo contra blanco, y el equipo femenino de tenis acaricia sus raquetas.

Vítores jóvenes.

Voces de determinación. De vez en cuando, risas se unen.

Impulsados por su energía, los pétalos de las flores de cerezo caen en un frenesí.

Bajo ellos, Kuro estaba de pie.

"Ichigen-sama.", le dijo mentalmente a su eterno mentor.

"Los cerezos en flor vuelven a estar preciosos este año. La estación que tanto amas está comenzando de nuevo."

Una sonrisa se dibujó en sus labios.